

¡Que comience la caza!

Por Elena Polanco

Como todos los años desde que la humanidad tenía memoria, a finales de noviembre la hojarasca de los bosques crujía bajo los pies de cientos de niños que se internaban en la profundidad de la maleza. Querían dar caza a un ser legendario que allí habitaba ocultándose de las hordas que, enajenadas por su hambre de regalos y dulces navideños, le perseguían incansablemente.

El Tío, noble ente, compartió durante siglos la magia de sus entrañas, obsequiando a los pequeños humanos con presentes y golosinas, sin pedir nada más que un lugar acogedor en un rincón de la casa, una manta con la que calentarse las frías noches de invierno y un par de naranjas o tal vez un vaso de leche tibia para saciar su hambre y su sed. Pero, ay, los humanos fueron codiciosos y cada vez quisieron más y más. Agarraron sus bastones y no dudaron ni un segundo en apalear a la pobre criatura al grito de ¡CAGA, TÍO!

Desde esos aciagos días, cada Navidad, una somanta de palos es el precio que la caprichosa fortuna ha impuesto a los pobres Tíos. Decidieron entonces refugiarse en los bosques, romper todo contacto con los humanos que tan mezquinamente les trataron. No fue suficiente. Esos seres viles y codiciosos no iban a renunciar tan fácilmente a los regalos que obtenían de las tripas mágicas de los que ya consideraban sus esclavos. Instauraron una nueva tradición, si los Tíos no acudían a sus casas de manera voluntaria se adentrarían en los bosques para capturarlos. Vistieron este deleznable acto de inofensivo juego infantil y fue así como los chiquillos consideraron que era su derecho pisotear los misterios de la magia del bosque y adentrarse en la espesura para obligar a unas pobres criaturas, a base de violencia y burlas, a proveerles de los regalos que nunca se cansaban de recibir. ¡TIÓ, TIÓ, CAGA, TÍO! y los voraces demonios golpeaban y golpeaban el tronco dolorido para succionar toda su magia. ¡TIÓ, TIÓ, CAGA TURRÓN! porque los glotones humanos nunca se cansaban de comer toneladas de dulces. ¡TIÓ, TIÓ, SI NO QUIERES CAGAR...! les molían a palos una y otra vez, una y otra vez hasta que les daban lo que les pedían y luego, inservibles ya para sus maquiavélicas mentes enfermas, les devolvían al bosque con



su cuerpo dolorido y su frágil corazón roto en mil pedazos. Porque así es como acababa el ciclo. Tal vez el siguiente año podrían esconderse mejor para que no los atrapasen los egoístas humanos y romper, de una vez por todas, el círculo de humillación en el que estaban encerradas las criaturas mágicas de los bosques.

Ya era noche cerrada cuando por fin localizó a la gárgola en las ruinas del claustro del antiguo convento de La Piedad. Había arrancado de cuajo uno de los capiteles y jugueteaba con él pasándose de una garra a otra como si se tratase de una ligera pelota de goma y no de una pesada piedra compacta. Empezó a masticar con deleite uno de sus bordes. A juzgar por el gesto de satisfacción que se dibujaba en su horrible cara pétrea, debía de gustarle mucho ese manjar. Le sorprendió su gran tamaño. Debía tener unos tres metros de altura, sin contar la envergadura de las alas de murciélago que, aun estando plegadas sobre su espalda, se intuían enormes. El joven Tió, agazapado detrás de los restos de un antiguo sarcófago de granito que en su día debió albergar el cadáver de alguno de los monjes que allí vivían, observaba al engendro. Cuando la gárgola hubo acabado con su ágape se chupó las garras intentando no desperdiciar ni una sola migaja de caliza. El Tió decidió que era el momento propicio para enfrentarse a ella y hacerle su propuesta. Tragó saliva antes de salir de su escondite y con paso firme avanzó hasta encontrarse justo enfrente de la descomunal criatura.

—Buenas noches, gran señora de las gárgolas—dijo y su voz sonó más titubeante de lo que le hubiera gustado.

—¿Quién ha hablado?—respondió la gárgola con su voz ronca de guijarro.—¿Quién osa interrumpir mi cena?

—He sido yo—el pequeño Tió le echó valor.—He venido a proponerte un trato que te va a interesar.

El Tió se encontró con la enorme cabeza de piedra tallada justo enfrente de la suya. Unos ojos tan grandes como puños lo observaban fijamente con una mirada entre sorprendida y



socarrona. El pecho de la gárgola empezó a temblar y un sonido desgarrador emergió de su garganta de piedra. Se estaba riendo a carcajadas. Al joven Tió le pareció que lo que quedaba del claustro se le iba a caer encima de un momento a otro.

—Así que tú, pequeño tronquito, has venido a proponerme a mi, la poderosa señora de las gárgolas, un trato que no voy a poder rechazar—la bestia se reía sujetándose el vientre con las garras. No esperaba terminar su solitaria cena con un encuentro tan divertido.

—Eso es lo que he dicho—esta vez la voz del Tió sonó segura, autoritaria incluso. La gárgola paró de reír.

—Tienes mucho valor al presentarte así ante mi. Podría aplastarte sin ni siquiera tener que esforzarme, tronquito.

—Podrías, pero no lo harás, porque si lo haces te quedarás sin saber cuál es mi propuesta—la gárgola clavó en él sus pupilas de magma incandescente pero el joven Tió no se acobardó y le mantuvo la mirada.

—Está bien, te escucho—cedió la gárgola.—Espero por tu bien que lo que has venido a decirme sea realmente interesante. Mi paciencia tiene un límite, tronquito.

—Mi nombre es Cancaridier y te aseguro que lo que voy a explicarte te va a interesar.

El pequeño Tió le habló a la gárgola de muchas cosas que no le eran ajenas. De como al principio de los tiempos las criaturas mitológicas podían convivir en paz con los humanos y de la deriva trágica hacia la que esta relación se había ido encaminando con el paso de los siglos. Los humanos abandonaron las antiguas creencias. Llamaron paganos a los arcaicos dioses y los sustituyeron por otros, crueles y sanguinarios. Decidieron que la magia no existía, matando incluso a los que se resistían a aceptarlo. Poco a poco, los seres fantásticos se vieron obligados a esconderse y los nuevos humanos, que habían olvidado todo lo maravilloso que habita en el mundo, los llamaron mitos y leyendas. Se inventaron tradiciones que deformando, transgrediendo y asesinando los viejos ideales, se impusieron entronizando a los humanos como dueños y señores absolutos de la Tierra. La Navidad,



antaño la celebración del solsticio de invierno, pasó a ser una orgía de consumismo, luces, villancicos, regalos y más regalos, comilonas sin descanso y egoísmo disfrazado de fraternal abrazo.

—Queremos acabar con la Navidad—sentenció el joven Tió—que nos obliga a nosotros a entregar magia a cambio de violencia y humillación y a vosotras os ha arrebatado lo que por derecho os corresponde: la noche. Mírate, una gárgola, invencible señora de piedra, teniendo que venir hasta aquí para poder alimentarse.

—No me dan miedo los humanos—rugió la gárgola.

—Entonces, ¿por qué te escondes de ellos? Sales al amparo de las sombras para que ellos no te vean.

La gárgola alzó una de sus garras. Sus ojos refulgían rojos como el cinabrio. El pobre Tió pensó que su fin había llegado, que la poderosa gárgola lo aplastaría sin contemplaciones por haber osado dirigirse a ella. Sin embargo, con una delicadeza inesperada en una criatura de sus proporciones, estrechó su pequeña mano de madera.

—Tenemos un trato, Cancaridier, volveremos a vernos—dijo la gárgola tras unos segundos de silencio. El joven Tió había logrado impresionarla.—Puedes llamarme Gneis, ese es mi nombre.

La Gárgola extendió sus alas y las batió con fuerza. Una gran polvareda inundó el claustro. Cancaridier no veía nada y a duras penas podía mantenerse en pie. Las columnas de piedra temblaron amenazando con desplomarse de un momento a otro. La señora de las gárgolas salió volando hacia la negrura de la noche.

En lo más profundo del Bosque Torcido, escondida tras matorrales y arbustos, se abre la entrada de una cueva que recibe el nombre de Boca de Dragón. Fue allí, en las entrañas de



la tierra, donde se produjo el primer concilio Tionés, que significó el inicio de una revolución para acabar con las prácticas abusivas cometidas por los humanos contra las criaturas mágicas.

—Hermanos y hermanas Tiós—Cancaridier empezó su discurso—nos hemos reunido hoy aquí porque estamos hartos de soportar la tiranía de los humanos.

Los Tiós convocados en el gran vestíbulo de la cueva prorrumpieron en gritos de asentimiento. Llevaban siglos soportando que los cazasen y los aporreasen para obligarles a defecar regalos y caramelos. Había llegado el día de acabar con los abusos. Cancaridier siguió con su arenga.

—Como ya sabéis, hace cinco noches salí de nuestro amado Bosque Torcido arriesgándome a ser una presa fácil para nuestros horribles captores. Lo hice porque era necesario.—Una nueva ola de aquiescencia se elevó desde los presentes.—Llegué exhausto hasta el convento de La Piedad porque, como todos sabemos, allí es donde van a comer las gárgolas que buscan la oscuridad y el anonimato que las ciudades ya no les brindan. Después de esperar dos largos días con sus no menos largas noches, por fin pude verme cara a cara con Gneis, la gran señora de las gárgolas. Le expliqué nuestro plan para acabar de una vez por todas con esa aberración a la que llaman Navidad y ella me miró a los ojos fijamente y me dio su palabra. Lo hemos conseguido ¡las gárgolas están con nosotros!

Los Tiós aplaudían y jaleaban a Cancaridier. La euforia inundó la caverna desde el suelo hasta la gran bóveda del techo de la que colgaban imponentes estalactitas, más antiguas que todas las criaturas del mundo. La revolución había empezado y ya nadie podría pararla. Era libertad o muerte, no existían más opciones sobre el tablero de juego.

En la fecha convenida, miles de Tiós, armados con palos y piedras, avanzaron con determinación hacia Ciudad Capital. Por el camino se toparon con pequeños grupos de humanos que, siguiendo la tradición, se adentraban en el bosque para capturar al Tió con el que convivirían esas Navidades. Poco podían imaginar que, en esa ocasión, serían ellos los



apaleados porque los Tiós estaban dispuestos a todo por conseguir su tan ansiada libertad. Les lanzaron guijarros, les persiguieron, les hicieron caer y les dieron una buena somanta de palos. Los niños, atemorizados, no podían entender por qué esos seres entrañables llenos de presentes y dulces atacaban de forma brutal a sus padres. Los progenitores huían despavoridos abandonando a su suerte a sus propios hijos que lloraban desconsolados mientras los Tiós les dejaban atrás y seguían sembrando el caos a medida que su ruta avanzaba. Tras varias jornadas de agotador viaje por fin vieron en la lejanía los primeros edificios de Ciudad Capital. El momento de la verdad estaba próximo. Su destino era la imponente catedral erigida en el centro de la urbe. Allí, en lo más alto del edificio gótico, moraban las señoras de la noche, las gárgolas que, petrificadas a ojos humanos, vigilaban todo lo que ocurría sobre el asfalto.

Ya en las afueras de la metrópoli los Tiós pusieron en marcha la segunda parte de su plan. Buscaron un descampado algo apartado y se apilaron unos encima de otros simulando ser simples haces de leña amontonados. No podían estar seguros de si la noticia de los ataques a humanos en los bosques ya había llegado a oídos de los dirigentes municipales pero por si acaso, lo mejor era ser precavidos. Cancaridier se dirigiría en solitario adentrándose en la boca del lobo para avisar a las gárgolas de que ya estaban allí, a la espera de que ellas actuaran.

El joven Tió avanzaba con cautela por las calles concurridas. Buscaba los callejones más oscuros, repletos de recovecos, para evitar llamar la atención. Era fácil orientarse pues la catedral era el edificio más alto de la ciudad y sus torres podían verse desde cualquier punto de la urbe. Cuando por fin se detuvo frente a la puerta principal del gran templo gótico le pareció que había pasado una eternidad. Estaba agotado pero la lucha no había hecho más que empezar y no iba a descansar hasta que hubieran conseguido su objetivo.

Alzó su cabeza hacia las alturas y entonces pudo ver a Gneis, inmóvil pero majestuosa, enganchada al borde de la cornisa. ¿Le habría visto? Él solo era un pequeño tronco y el lugar que ocupaba la señora de las gárgolas estaba muy alejado del suelo. Un guijarro cayó del cielo y fue a parar justo a los pies de Cancaridier. Sí, Gneis le había visto y esa era su manera de decirle que esa misma noche se desataría el caos en Ciudad Capital.



A las ocho de la tarde se encendieron las luces navideñas en las calles. Los humanos caminaban embobados mirando toda esa contaminación lumínica con los ojos como platos. En las tiendas, cafés y restaurantes sonaban atronadores villancicos. Música diabólica compuesta únicamente con la intención de acrecentar la sed consumista de los infames humanos. Un inocente abeto, cercenado en la flor de la vida, se erigía en la plaza del ayuntamiento con sus pobres ramas muertas llenas de bolas, lazos, adornos y luces. Los humanos ya no recordaban cuando, por orden de algún tirano, eran ellos los que decoraban esa misma plaza ensartados en picas.

Era el momento. Las gárgolas de todas las iglesias de Ciudad Capital elevaron el vuelo. El ruido de sus alas de piedra batiendo el aire era atronador. A una orden de Gneis se dispersaron planeando sobre los tejados. Lanzándose en picado arrancaban las malditas luces con sus garras. Cundió el pánico entre los humanos, que habían olvidado que los guardianes de piedra de sus iglesias no eran simples esculturas, sino seres vivos y poderosos. Corrían de un lado a otro intentado esquivar las estructuras metálicas, los cables, los trozos de edificios desprendidos, las farolas y escaparates rotos. Las gárgolas aullaban eufóricas al ver como la noche, poco a poco ganaba el terreno que los humanos le habían hurtado. Cejaron los cánticos navideños y fueron sustituidos por los gritos de histeria colectiva de los que, creyéndose los amos y señores del mundo, no entendían que estaba pasando. Gneis se dirigió con decisión hacia la plaza del ayuntamiento. Sin pensárselo dos veces despojó al pobre abeto de sus humillantes adornos y sujetándolo con fuerza entre sus poderosas garras se elevó por encima de los tejados hacia las afueras de la gran urbe. No le costó mucho localizar el descampado en el que los Tíos habían establecido su campamento. Descendió de las alturas y dejó el árbol suavemente en el suelo, para que le pudieran dar una digna sepultura. Luego volvió a la ciudad para unirse a sus hermanas en la destrucción de la Navidad.



Cuando las primeras luces anunciaron el nacimiento de un nuevo día las gárgolas, condenadas por el sol a la inmovilidad pétreo, volvieron a las iglesias. Los humanos, aprovechando que estarían indefensas hasta la noche, fueron en busca de grúas, martillos y hachas para acabar con todas ellas convirtiéndolas en polvo. Pero si las gárgolas eran las señoras de las tinieblas, los Tiós serían sus guardianes. Sin amilanarse dejaron su camuflaje y avanzaron blandiendo sus garrotes hacia la catedral para defender a sus aliadas de los maléficis planes de sus enemigos. Apalearon a los humanos que, desconcertados, no sabían como defenderse de la enfurecida marabunta que les acosaba y se vieron obligados a retroceder para refugiarse en el ayuntamiento. Mientras tanto los Tiós inutilizaron las grúas cortando los cables y correas del motor y metiendo tierra en los depósitos de combustible. Los humanos no se iban a dar por vencidos tan fácilmente. Abandonaron su refugio y fueron en busca de antorchas y cócteles molotov con los que achicharraron a un buen número de Tiós. Consiguieron llegar a las alturas y asesinar a algunas de las gárgolas que descansaban indefensas. Ante semejante panorama, las tropas de Cancaridier, estaban empezando a desfallecer cuando, en la lejanía, se escuchó el repiqueteo inconfundible de cientos de cascabeles sonando al unísono. Eran los elfos de los talleres clandestinos de juguetes que, liberándose de sus cadenas, se unían a la lucha para acabar con la Navidad. Un grito de júbilo brotó de las gargantas de los sufridos Tiós cuando vieron aparecer a los elfos que luchaban sin cuartel, a vida o muerte, con sus afilados bastones de caramelo. Se los clavaban a los humanos destripándoles sin piedad, les vaciaban los ojos y les cortaban el cuello. Fue el acicate que los Tiós necesitaban para lanzarse con fuerzas renovadas, sin temor a las llamas, contra sus enemigos. Lo que había empezado como una lucha para tumbar los símbolos navideños había desembocado en una cruenta guerra. Algunos animales también se unieron a la lucha hartos de tantos abusos: caballos, renos, pájaros, gatos y perros callejeros. Todos ellos presentaron batalla con valentía. A medida que avanzaba la jornada, aquí y allá agonizaban seres de todas las especies: troncos quemados que gritaban de puro dolor incapaces de apagar el fuego que consumía sus pobres cuerpos. Sangre de humanos y animales bañando el suelo. Intestinos, cerebros y otras vísceras desparramadas por el pavimento. Brazos, piernas y patas amputadas. Alas de piedra que caían desde las alturas estallando en mil pedazos. Consiguieron resistir hasta la noche y entonces, en cuanto el último rayo de sol se escondió tras el horizonte, las gárgolas se



alzaron de nuevo, con fiereza renovada, dispuestas a vengar a los amigos caídos. Aplastaban a los humanos con sus sólidos cuerpos. Los aprisionaban entre sus garras, echaban a volar y los soltaban desde gran altura para que se espachurrasen contra el suelo, como los viles insectos que eran. Muchas fueron las bajas en esas horas aciagas. Muchos murieron en ambos bandos. Mucho se perdió en la batalla. En la ciudad casi en ruinas, los humanos ya daban la guerra por perdida. Entonces, en el fragor de la lucha pudo oírse una melodía. Provenía de uno de los balcones del ayuntamiento. Alguien había conseguido abrirse paso hasta allí, conectando el sistema de megafonía y dejando que la música inundase como un tsunami los restos de la apocalíptica urbe.

Oh Blanca Navidad, nieve

un blanco sueño y un cantar

Recordar tu infancia podrás

al llegar la blanca Navidad.

Los humanos se dieron cuenta de lo que realmente estaba en juego. Las maléficas criaturas que habían atacado su ciudad querían acabar con la magia de la Navidad. Algo se removió en sus entrañas. Jamás permitirían que eso ocurriese. Eran fiestas de paz y amor, de alegría y bondad. Matarían a quien fuera necesario para conservar sus tradiciones.

La contienda se prolongó durante interminables días. Un bando se imponía sobre el otro para finalmente volver a perder su ventaja en un ciclo de muerte que parecía no tener fin. Cuando la última gárgola cayó el cuerno de la derrota tocó retirada. Los seres mágicos habían luchado con valentía pero ya todo estaba perdido salvo un puñado de vidas que aún podían escapar a los bosques. Tal vez en el futuro habría nuevas esperanzas.

Los humanos ganaron la guerra.

Reconstruyeron Ciudad Capital. Persiguieron a todas y cada una de las criaturas mágicas que habitaban la Tierra para acabar con ellas. No cayeron en la cuenta de que con la muerte de esos seres maravillosos se moría también la magia que albergaban. Creyeron que



sustituyéndolos por copias de cartón-piedra y plástico podrían mantener el espíritu primigenio de amor y bondad. Inundaron las calles con miles y miles de bombillas de colores intentando que su brillo inundase de luz sus corazones vacíos. Los villancicos sonaron a todo volumen proclamado un mensaje de paz y amor que nadie sentía. Las tiendas abrieron día y noche para que los humanos pudieran llenar el vacío de sus vidas comprando compulsivamente. Comían y comían hasta vomitar sin llegar a saborear ninguno de los manjares que engullían como patos famélicos.

Montaron una gran farsa en la que el espíritu navideño brillaba más que nunca. Todo era alegría de vivir, altruismo, buenas intenciones, amor en estado puro, copos de nieve, turrónes y chocolatinas, gorros y guantes de lana, adornos en el árbol, brindis con cava, buenos deseos, paz y prosperidad, abrazos y besos, mantas calentitas, propósitos de año nuevo, tardes de sofá viendo películas noñas y comiendo palomitas de maíz, ferias y pesebres y...

Pura falsa magia navideña.

FIN



¡Que comience la caza!

por Elena Polanco